



Por
JOSE
GOMEZ
IZQUIERDO

La América Que encontrará

el Papa

282.8₆₀ VISTAZO
I9241



Una póliza de Pan-American es como dinero en el banco.

Y mejor aún.

Como un depósito en el banco, una póliza de seguro de vida es una inversión que gana interés. Al vencerse la póliza, usted recibe mucho más dinero del que aportó.

Pero el seguro de vida hace lo que la cuenta bancaria no puede hacer:

Tan pronto usted firma una póliza de Pan-American, adquiere un patrimonio que es instantáneamente pagadero a sus herederos. Se necesitarían muchos años de ahorro para

acumular una suma tal. El seguro de vida la crea de una plumada.

¿Cuánto le costará? Eso depende de lo que usted quiera invertir. El seguro de vida es flexible; existe un plan para casi cada caso.

Usted puede determinar los detalles con un agente de Pan-American. Este le mostrará exactamente por qué una póliza de Pan-American es como dinero en el banco. Y mejor aún.

Hable con él hoy mismo.

Pan-American Life Insurance Company

Compañía Mutualista

57 años sirviendo a las Américas

CASA MATRIZ: Nueva Orleans, La. E.U.A.

SUCURSALES EN: COLOMBIA • ECUADOR • EL SALVADOR • GUATEMALA • HONDURAS • NICARAGUA • PANAMA • PUERTO RICO • REPUBLICA DOMINICANA • Asociada con Compañía de Seguros Panamericana, S.A., Guatemala y Pan-American de Venezuela, Compañía de Seguros, C.A., Caracas.



SUCURSAL EN EL ECUADOR

Oficina Principal:
Edificio Pasaje (Av. 9 de Octubre 424)
Guayaquil - Apartado 3876

Oficina Distrital:
Edificio Guerrero (C. Guquil y Chile)
Quito - Apartado 1212

PABLO VI, LLEGA EN UNA HORA DECISIVA PARA LA IGLESIA CATOLICA

claración, luego de reconocer que la Compañía de Jesús ha contribuido "implicítamente a fomentar el individualismo y los prejuicios de clase", manifiesta el propósito de despojarse con abnegación:

"de toda actitud aristocrática o burguesa que pueda haber existido en nuestras tomas de posición, en nuestras condiciones de vida, en la selección de nuestro público, en la manera de tratar con nuestros colaboradores laicos y en nuestras relaciones con las clases privilegiadas".

Finalmente los jesuitas declaran que pasan a formar filas en la que los miembros de su Orden, en el número de "Mensaje" antes mencionado, califican de "Revolución", en los siguientes términos:

"Nos comprometemos con todas nuestras fuerzas a promover las transformaciones audaces que renueven radicalmente las estructuras, como único medio de promover la paz social".

Mas, es tiempo de que nos formulemos una pregunta: ¿Será posible llevar a cabo esta revolución en A. L. sin recurrir a la violencia?

LA PROBLEMÁTICA DE LA VIOLENCIA

Hasta hace poco tiempo el fenómeno "violencia" estaba circunscrito al territorio colombiano. Poco a poco, como una mancha de aceite, se ha ido extendiendo a otros países del continente: Venezuela, Guatemala, Perú, Bolivia. Muchos pensaron que con la muerte de Ernesto Guevara, su manifestación más típica, las "guerrillas", habían llegado a su fin. Hoy, parece prematuro este juicio.

Por lo que a la Iglesia Católica se refiere, quizás no se hubiera preocupado mayormente del problema, si Camilo Torres no hubiera ingresado en sus filas y perecido en ella. Alabado o condenado, en cierto sentido Camilo Torres se ha convertido en su "conciencia", frente a la coyuntura social latinoamericana.

Dos años después de la muerte de Camilo Torres, Pablo VI se referirá a la violencia en términos al parecer nuevos, pero que no hacen sino retomar la doctrina de grandes doctores de la Iglesia como Tomás de Aquino. Así se expresa el Papa:

"salvo el caso de tiranía evidente y prolongada que atentase gravemente a los derechos fundamentales de la persona y damnificase peligrosamente el bien del país" (la insurgencia revolucionaria) engendra nuevas injusticias, introduce nuevos desequilibrios y provoca nuevas ruinas".

A pesar de su rechazo a la "insurrección revolucionaria", Pablo VI se manifiesta en esta Encíclica claramente en favor de la revolución, que Monseñor Helder Cámara, el famoso arzobispo brasileño, califica de "estructural". La prueba es que si bien no menciona la palabra "revolución", la describe en el N° 32, con las mismas características que años antes habían empleado los jesuitas de Santiago de Chile, para tipificarla. El Pontífice afirma:

"El desarrollo exige transformaciones audaces, que renueven radicalmente las estructuras. Hay que emprender, sin esperar más, reformas urgentes".

Y aquí viene la pregunta. La existencia de estructuras tan injustas como inhumanas, acompañada de la resistencia para modificarlas, resistencia que inclusive en muchos países es apoyada por el empleo de las armas, ¿no es el caso de la "tiranía evidente y prolongada" a la que hace alusión Pablo VI? En otras palabras, junto a la violencia "guerrillera" ¿no hay que denunciar otra violencia por disfrazada no menos real y a todas luces injustificable, una violencia "establecida" que es la que precisamente provoca la primera? Los Superiores jesuitas en el documento arriba citado, responden claramente: "Igual dialéctica de violencia desarrollan quienes rechazan las transformaciones profundamente innovadoras necesarias y quienes desesperan de toda solución pacífica".

Sin embargo, hay temor de que el documento que deben emitir los obispos latinoamericanos que comenzarán sus reuniones en Medellín, bajo la presidencia del Papa, no condene con todo vigor la "violencia establecida" proclamando al mismo tiempo, la urgencia de la revolución estructural que América Latina requiere para salir de su estado de postración. Lo que sí es seguro, es que no propiciará la violencia episódica como camino para llegar a aquella, aunque muchos militantes cristianos, considerando la dureza de los sectores oligárquicos, no ven otra solución posible.

El peligro está en caer en una "psicosis guerrillera" con todos los grandes males que ella encierra, ya señalados en "Populorum Progressio". Porque precisamente hoy más que nunca hace falta pensar, planificar y sobre todo preparar a los hombres para las ingentes y difíciles tareas que exigen las grandes transformaciones revolucionarias. Hacer "cosas" o destruir bienes y personas es relativamente fácil, frente a lo que exige la construcción del hombre mismo. Sin esto último la revolución es mera palabrería.

LA DISYUNTIVA

En el siglo XIX, frente a la independencia política de América Latina, la actitud del episcopado de este continente, salvo contadas excepciones, como en el caso del obispo de Quito, "uno de los enemigos más terribles que se presentaron a la causa del rey", fue por demás ambigua. No así los sacerdotes que como señala el joven historiador y filósofo Enrique Dussel, "en contacto directo con el pueblo, la aristocracia y los indios, significaron, sin lugar a dudas, el respaldo más profundo de la revolución".

Ahora, frente a la independencia socio-económica, en la que se juega la liberación misma del hombre porque de ella dependerá su acceso a los valores más altos del espíritu, ¿cuál será la actitud que adoptarán los prelados latinoamericanos?

Sacerdotes y laicos comprometidos en el proceso de cambio que vive América Latina, esperan ver respaldados por la declaración de Medellín. Sobre todo el inmenso pueblo de Dios sobre el que, en nuestros países la Iglesia ejerce todavía un poderoso influjo. Declaración de los obispos que debe estar acompañada de hechos.

Esta es la razón por la que decíamos al comenzar este artículo, que la visita del Papa a nuestro continente, se realiza en la "hora" misma de la Iglesia Católica en estas tierras "anchas y ajenas".



El Papa Juan XXIII (izquierda):
"Abrió las ventanas de la Iglesia".
El Padre Camilo Torres (derecha):
"Sucumbió a la impaciencia por ver un continente más fraternal y justo".

• SACERDOTES Y LAICOS DESEAN QUE LA IGLESIA SE DEFINA, ROMPIENDO LOS VINCULOS QUE LA COMPROMETEN CON LAS OLIGARQUIAS

Pero el malestar se extiende a los sacerdotes mismos.

Fuertemente jerárquica y a la vez jurídicista, el diálogo entre superiores y súbditos en el interior de la Iglesia ha sido por muchos siglos prácticamente desconocido. Al ejemplo de un monarca de carácter absoluto, el obispo o superior religioso, no acostumbraba a solicitar opiniones de sus sacerdotes, menos aún de los fieles, para tomar sus decisiones. "El cura, como el soldado", se decía. Un documento materia de estudio del episcopado brasileño describe la figura de este prelado: "el obispo administrador más que pastor, regente más que padre, apegado a títulos y vestimentas llamativas, que no discierne bien los carismas y cree tener el monopolio en otro mundo distinto a aquel en que se halla su pueblo".

El Concilio dio un severo golpe a este tipo de autoridad, recalcando una y otra vez que el obispo debía de ver en sus sacerdotes no sólo a sus hijos sino también a sus amigos e inclusive a sus "colaboradores necesarios" de cuyo consejo no podía prescindir. Igualmente insistió en la necesidad de escuchar a los laicos o sea a los que no pertenecen a la jerarquía. Ellos también son Iglesia. Inclusive constituyen su mayoría. Para llevar a cabo estos propósitos dispuso la creación de organismos en que unos y otros se encontraran para el diálogo.

Sin embargo la aplicación de estas medidas ha sido y sigue siendo muy lenta. Es que toda reeducación toma tiempo. Por otro lado no faltan quienes todavía siguen pensando que Juan XXIII y el Concilio, han sido la más grande desgracia para la Iglesia, oponiéndose a las reformas conciliares abierta o soterradamente.

De aquí nace la impaciencia en las filas sacerdotales y no siempre de los más jóvenes e inexpertos, impaciencia que ya ha tomado caracteres de rebelión en muchos de los países de nuestro continente.

Porque no sería exacto afirmar que la mayoría de las deserciones sacerdotales de los últimos años, que alcanzan cifras alarmantes, han tenido su origen en problemas de tipo sentimental. Un análisis más profundo pone en claro que el problema versa tanto sobre la democratización de las estructuras de la Iglesia, como sobre la respuesta que la misma debe dar a la problemática social de América Latina. Una prueba de ello es

que si 352 sacerdotes pertenecientes a cuatro de los estados más importantes del Brasil, presentaron en el pasado mes de julio, un conjunto de reformas básicas entre las que figuran: el derecho a organizarse en "entidades de clase", contraer matrimonio sin abandonar su ministerio y poder designar sus obispos como en la primitiva Iglesia, sacerdotes de Chile, Perú y Bolivia manifiestan su disconformidad con las estructuras socio-económicas y piden una definición de la Iglesia, rompiendo de una vez por todas con todo vínculo que la subordine a las oligarquías.

Pero el movimiento en favor de la reforma de las estructuras de la Iglesia, iniciado por los dos últimos pontífices y sancionado con la venia de los mismos, por el Concilio, incluye también otras aspiraciones tales como la desaparición del secretismo de las "altas esferas" en lo concerniente a los problemas de la Iglesia; el establecimiento de una auténtica opinión pública dentro de su seno, que ya Pío XII señalaba como indispensable a una sociedad sana; y, por último, la puesta en práctica de una sana "desromanización", de la que ya dio ejemplo Pablo VI con la reforma de la curia de la Ciudad Eterna. Es que sin desconocerse la suprema autoridad del Papa, se piensa con razón, que en un mundo de vertiginoso cambio como el presente, la Santa Sede no puede darse cuenta cabal de la problemática de las "iglesias" de todo el mundo y en consecuencia dictar normas que regulen en detalle la vida de las mismas. Esto sobre todo se hace patente en el campo de la Liturgia.

En este sentido también cabe advertir una viva reacción en toda Latinoamérica, contra una excesiva intervención de los Nuncios, en la vida de las Iglesias nacionales. Se cuestiona igualmente la imagen que ofrecen los mismos, poco conforme con la de embajadores de una Iglesia que se llama pobre y de los pobres, ejerciendo su representación en países, cuyas inmensas mayorías son precisamente pobres.

He aquí un rápido vistazo sobre la problemática interior de la Iglesia Católica en América Latina. Conviene que digamos algo sobre la actitud que ella se apresta a tomar a nivel continental apenas finalice el Congreso Eucarístico de Bogotá, en la reunión que el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) efectuará en Medellín.

LA IGLESIA Y LA REVOLUCION

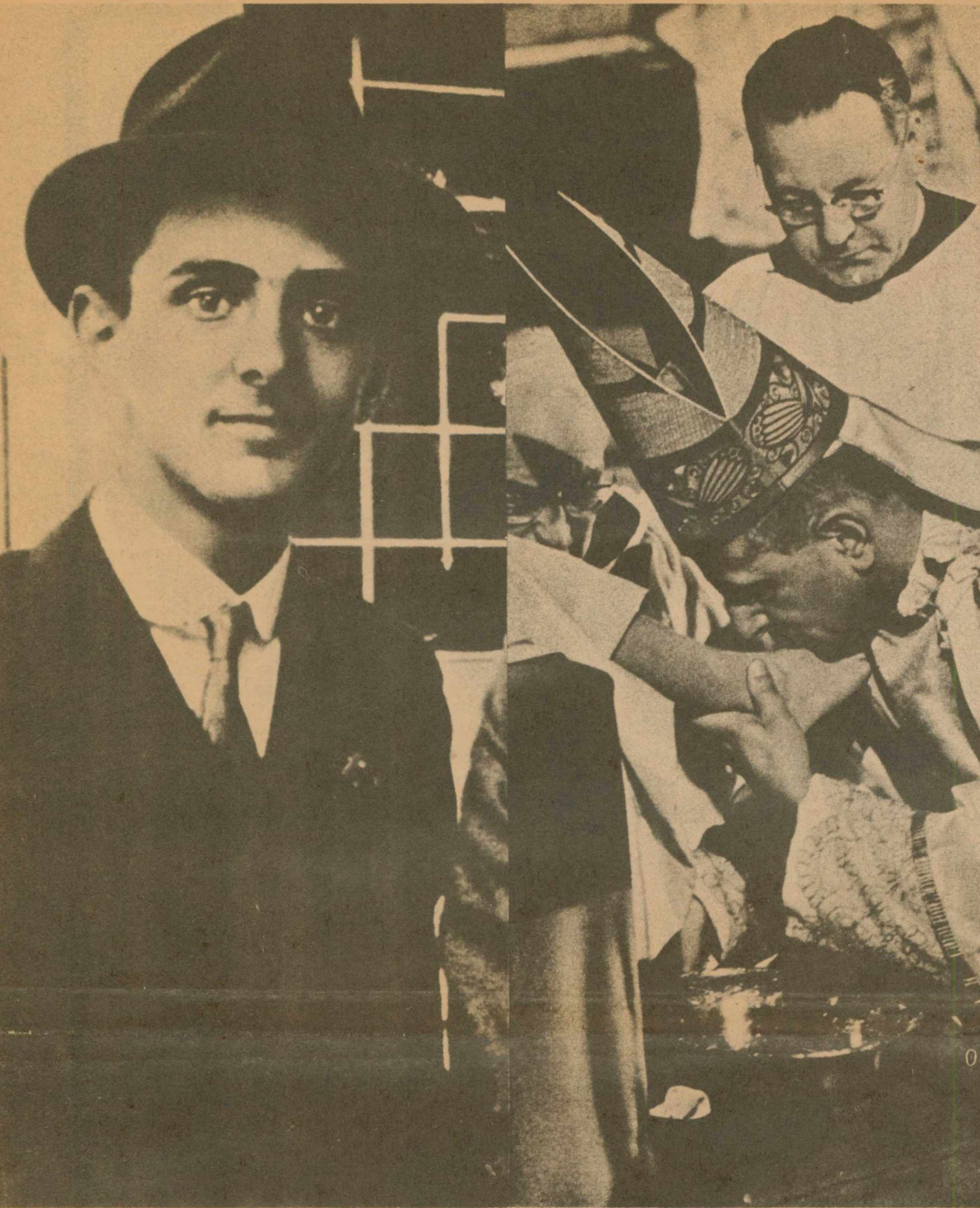
Al finalizar el año 1962, dos meses después de la inauguración del Concilio Ecuménico, un grupo de religiosos jesuitas que en el Centro Bellarmino de Santiago de Chile, estaban consagrados a la investigación religiosa y social, publicaba en la revista "Mensaje" bajo su dirección, un número especial que llevaba por título "La Revolución en América Latina. Visión Cristiana". En la presentación de este número, en el que figuraban trabajos de Raúl Prebisch, Jacques Chonchol y Alejandro Magnet, se leía lo siguiente:

"A primera vista el tema de la "Revolución en América Latina, no pasa de ser un viejo estribillo. Para muchos países europeos, la historia de América Latina se reduce a una sucesión pintoresca y temperamental de "revoluciones"... Pero ahora, somos nosotros los que hablamos de revolución. Anhelada o temida, propiciada o combatida, la revolución está presente en la mente de todos".

Los autores describían a la revolución como "el cambio rápido, profundo y total de las estructuras inoperantes e injustas a fin de constituir un orden totalmente nuevo".

No se trataba de una proclama demagógica. Era un estudio muy serio de la situación de América Latina, hecha por teólogos, sociólogos, economistas, hombres de derecho, etc. El impacto que produjo "Mensaje" seguido por otros números del mismo estilo, fue muy grande.

A partir de ese año, los documentos de la jerarquía latinoamericana sobre el problema social se han multiplicado. Entre los más relevantes figuran las "conclusiones de Mar de Plata sobre el Desarrollo y la Integración" de octubre de 1966, la Carta Pastoral del Episcopado Mexicano de marzo del presente año y la Declaración de los Superiores Jesuitas de América Latina, reunidos en Río de Janeiro en el pasado mayo. Este último tiene especial significación si se considera todo lo que representa en la Iglesia, la poderosa Orden que fundara Iñigo de Loyola, así como la acusación que frecuentemente se hace a la misma, de haberse consagrado con preferencia al servicio de los grupos privilegiados. El documento en cuestión constituye en este sentido una ruptura terminante. La De-



Brescia, Italia, 1916. El joven Giovanni Battista Montini (izquierda), después de finalizar su bachillerato. Al poco tiempo ingresaría al Seminario. Derecha, una de las más emocionantes ceremonias de la liturgia de Semana Santa: lavar los pies a doce hombres, tal como lo hizo Cristo como expresión de humildad y amor en la última Cena.

pagar a los grandes países industriales, por los productos manufacturados indispensables para su desarrollo. Endeudada. Alienada también, puesto que los inversionistas extranjeros, sin mayor propósito de permanencia e inspirados solamente en el afán de lucrar, imponen normas, ejercen presiones, determinan políticas.

Ajena en lo interior. Sus hijos carecen de las tierras que ella posee en demasía. Tan sólo una minoría privilegiada que no llega al 3% de la población, concentra en sus manos la propiedad agrícola y la fuente de producción industrial. Los que la integran, se dan el lujo de vivir como ciudadanos superdesarrollados, en países en vías de desarrollo.

La inmensa masa de los "marginados", que suma varios millones, está dispersa en sus campos o apiñada en la periferia de sus megápolis: Río, Santiago, Lima... Guayaquil. Percibiendo salarios de hambre o simplemente carentes de ocupación, mal alimentados, mal vestidos,

deficientemente alojados, apenas participan de las decisiones sociales. Hasta ellos no llegan los beneficios ni de la educación, ni de la seguridad social, ni aún de la asistencia espiritual impartida por la Iglesia. Entretenidos por los juguetes mágicos del transistor y la televisión, amodoran su hambre o la tornan aún más insoportable.

Este es el enorme ejército de los sin voz, que piensa que necesita líderes para comenzar a rugir, pero que ya lo está haciendo por su propia cuenta.

Por último y como si fuera poco todo esto, América Latina comienza a vivir, sin haberse preparado para ello, la problemática de la nueva sociedad pluricultural, secularizada y en proceso violento de cambio, que pone en tela de juicio o rechaza los valores y estructuras hasta hoy vigentes.

¿Cuál es la actitud de la Iglesia Católica frente a este panorama dramático?

• Los seminaristas quieren formarse en contacto con el mundo

¿Comparte, como lo afirmó en el Concilio Ecuménico, las angustias, los gozos y las esperanzas de los hombres? ¿O es solamente una tranquila espectadora de cuanto sucede y se avecina?

La respuesta es decisiva. Ella contará dentro de poco en nuestro continente, con la mitad del universo de sus miembros, si es capaz de responder a los imperativos de la hora... Pero también deberá arreglar los problemas que tiene dentro de casa.

PUERTAS ADENTRO

Hasta hace muy poco tiempo, la aplicación de las reformas introducidas por el Concilio, especialmente las de carácter litúrgico, concentraban la preocupación de los medios eclesiales latinoamericanos. Alrededor de ellas se polarizaban los grupos "pre" y "post" conciliares o sea los "tradicionales" y los "progresistas". Porque si bien, nunca fue propósito del Concilio crear bandos en el seno de la Iglesia, justo es admitirlo que ellos se formaron, con mayor o menor consistencia, según los diversos países.

Sin embargo, rápidamente, el centro de interés se ha desplazado hacia otros campos, en cuya superficie soplan huracanos, vientos de fronda.

El problema de las vocaciones sacerdotales y religiosas, es particularmente grave.

Seminarios y noviciados, o sea las casas de formación de los ministros del Señor, tienden a vaciarse. Es que para una Iglesia que ha declarado estar inmersa en el mundo, compartiendo la suerte de los hombres, la antigua fórmula de inmensos edificios tan fríos como impersonales, aparece hoy francamente obsoleta. Los jóvenes que se preparan para el sacerdocio, ya no quieren permanecer por largos años en "invernaderos" en que se les da todo hecho y que por lo tanto los mantiene ajenos a la dureza de la vida a la que se tiene que enfrentar todo hijo de Dios. Prefieren estar más cercanos a sus comunidades naturales, familia, barrio, colegio, centro deportivo, taller, en donde un día deberán desempeñar un papel de guías espirituales. No soportan igualmente un régimen disciplinario en el que el ejercicio de la auto-ridad se ejerza de tal manera, que no dé lugar a opciones personales, indispensables para alcanzar una madurez humana, base para la vivencia de una fe verdaderamente sólida.

19/8
20/15

23204



Un "estado" de violencia injusto e inhumano.

A propósito del viaje realizado por Pablo VI en octubre de 1965, a fin de hablar en la sede de las Naciones Unidas, se cuenta la siguiente anécdota: El superjet que conducía al Pontífice cruzaba veloz el océano, rumbo a Nueva York. Una azafata portando una pequeña bandeja de licores se aproximó al ilustre viajero y le preguntó delicadamente: "Santidad, ¿desea tomar un whisky?". Pablo VI, inquirió a su vez: "¿A qué altura volamos?". "Aproximadamente a 50.000 pies"... "No, gracias", musitó el Papa, añadiendo, mientras sonreído señalaba el cielo: "El Jefe está muy cerca".

El chiste, hace unos diez años, hubiera carecido de todo viso de realidad. Que un Papa cruzara los océanos era prácticamente impensable. En nuestros libros de estudio de seminaristas, la posibilidad de que el sucesor de Pedro abandonara la Ciudad Eterna, estaba reducida prácticamente a los casos de persecución o de guerra.

Mas, he aquí, que después de pocos días, Pablo VI habrá añadido en su carnet de viaje, el nombre de Bogotá, a los de Jerusalén, Bombay, Nueva York y Fátima en Portugal. Sólo dos continentes, Africa y Oceanía, están en la lista de espera.

EL VERDADERO NAVEGANTE

Juan XXIII tenía como lema en su escudo pontificio: "Pastor et Nauta". Nadie duda que, como pocos, este Pontífice, con su bondad y simpatía pero, sobre todo, con ese vivir plenamente el evangelio que fue característica de su vida,

supo traer al aprisco de la Iglesia, innumerables y lejanas ovejas.

Sin embargo, sería su actual sucesor, Pablo VI, el verdadero navegante. Porque si Juan el Bueno, fue el primero después de muchos siglos, en alejarse algunos centenares de kilómetros de la colina Vaticana, no fue más allá de Italia. El Papa Montini en cambio, émulo de San Pablo, en los cinco años de su pontificado, no cesa de asombrar al mundo con sus largos viajes misioneros, que no tienen parangón, en toda la historia de la Iglesia.

Pero el que va a emprender en estos meses, se halla rodeado de tales circunstancias, que le confieren una singularidad excepcional: es la primera vez que un Jefe de la Iglesia Católica, en el ejercicio de sus altísimas funciones, viene a la América Latina. Por otro lado llega en el momento en que la Iglesia, debe de enfrentarse a una opción tan grave, que en cierto sentido se pone en juego su porvenir en este continente. Hora de la Iglesia latinoamericana, hora quizás también de la misma América India.

UN CONTINENTE QUE ARDE

El prodigioso desarrollo científico y tecnológico de las últimas décadas, ha suprimido las distancias que separaban a los hombres. Hoy, no se da evento de algún relieve sobre el globo terráqueo, que en pocos minutos no sea conocido por todos.

Pero si el hombre, gracias a este fabuloso proceso de aproximación, se des-

cubre idéntico a cualquier otro miembro de su especie, por lejano que éste se halle, al mismo tiempo percibe cuan grandes son las diferencias de las condiciones de vida de unos y de otros. Así, paradójicamente, lo que ha servido para unir a los hombres, ha contribuido también para separarlos.

Nunca como hoy el mundo ha tenido mayor conciencia de sí mismo: de sus posibilidades y de sus carencias, de su debilidad y de su fuerza; de las lacras que deforman su rostro y del ímpetu que emerge de su mismo seno para acabar con ellas si es posible para siempre.

Y este despertar de la humanidad ha sido particularmente doloroso y a la vez terrible, para los pueblos que están "más acá de la miseria". Tal es el caso de nuestro continente.

América Latina, parodiando a Ciro Alegria, se descubre de pronto ancha y ajena, poderosa y atada de cadenas.

Ante todo, se descubre pobre, miserable. Sus hijos sólo disponen de una migaja en comparación con los bienes de que disfrutaban los hombres en otras latitudes. Desesperada ve además reducirse cada vez más su magra ración, porque lo que ella produce, no aumenta con el mismo ritmo con el que trae nuevas bocas, al banquete de la vida.

América Latina se descubre ajena.

En lo exterior. Los compradores de sus productos, le imponen los precios. Estos, no suben como aquellos que tiene que

SIGUE